
Dos cartas de Manuel Lacunza

Imola y octubre 9 de 1788.

Mi señora madre y abuela: Dos cartas he recibido de Ud. casi a un mismo tiempo con diferencia de sólo cuatro días y celebro infinito de saber que vive y que goza de salud.

Nuestro Señor le ha dado tan larga vida, no solamente para que vea una numerosísima descendencia sino también para que tenga el mérito de llorar a muchos de sus hijos, nietos y biznietos, y también a todos sus yernos desde mi padre hasta Azúa, cuya muerte sólo ahora he sabido después de más de un año que sucedió.

Estos dos pedazos suyos que tiene en Italia, todavía viven gracias a Dios y gozan por lo presente de mediana salud. Yo que todos los años pasados he padecido varias enfermedades, este año de ochenta y ocho y casi la mitad del pasado, no he padecido cosa alguna de consideración. Mientras más me voy envejeciendo me voy sintiendo con mejor salud.

Actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago, hallo viva a mi venerable abuela, le beso la mano, la abrazo, lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Magdalena y no la hallo, busco a Diego, a Domingo, a Solacasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada la Pilar, etc., y no los hallo. Entro a la cocina y registro toda la casa buscando a los criados y criadas antiguas y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes: Pregúntole a ésta dónde está su señora y a la Paula dónde está su amo don Manuel Díaz, y dónde está mi mulato Pancho; y no me responden sino con sus lágrimas y yo las acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más.

No obstante por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, ténegolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar miento a mi gusto; entretanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuelos y ollitas de Clara y de Rosita. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Mas antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama.

Con este viaje alegre y triste correspondo fielmente a los sueños que Ud. me dice que tiene muchas veces buscando a sus nietos allí enfrente, hablando con ellos, regalándolos con todo cuanto halla en casa, etc., y también correspondo a los sueños de la Rosita y a sus pinturas y a sus buenos deseos. Espero en la bondad de Nuestro Señor que todos nos veremos algún día, y nos alegraremos en verdad y nos reiremos a nuestro gusto de todo cuento hemos visto y sufrido en este valle de lágrimas, y también nos reiremos de nosotros mismos y de nuestro modo de pensar. Dios es muy grande y nosotros la misma pequeñez.

Por acá todo está quieto respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido; casi toda las cortes nos son contrarias, unas por un motivo, otras por otro y otras por ninguno. Entretanto nos vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de éstos los más están enfermos, o mancones que apenas pueden servir para caballos yerbateros.

Las noticias favorables que llegan por allá también llegan por acá continuamente, y siempre hallan algunos soñadores que las reciben y tragan, aun sabiendo por experiencia que luego las han de vomitar con mayor disgusto que el gusto que tuvieron en tragarlas.

Nos ha sido infinitamente sensible la muerte de nuestro señor Obispo Alday, como que era nuestro verdadero padre que

nos amaba con verdad. Todos lo hemos llorado y hemos ofrecido por su alma nuestros sacrificios, oraciones y sufragios con el mayor fervor y empeño posible, pidiendo al mismo tiempo a Nuestro Señor que le dé a nuestra amada Patria un sucesor digno del grande don Manuel de Alday. Si la elección de éste se hiciera entre nosotros, todos los votos los tenía seguros con aclamación universal don José Antonio Aldunate. Todos los chilenos y yo el primero, pedimos este bien para nuestra patria y deseamos ser oídos del que todo lo puede. Yo le estimaré a Ud. que lo mande saludar de mi parte y de parte de todos sus paisanos, que muchísimo me lo han encargado. Aunque no merezcamos tenerlo por Obispo, sabemos bien que es digno de serlo.

Acaba de morir Ignacio Ossa, hermano de doña María; el otro hermano, Martín, ya murió cerca de tres años ha¹. Antomas, aunque siempre fue loco tolerado, ahora está del todo rematado; ha estado en la loquería pública, mas como no es loco furioso lo tenemos ahora entre nosotros, aunque encerrado con llave, porque ya se ha huido².

Yo saludo de nuevo a toda la familia uno por uno; y digo de *nuevo* porque los acabo de saludar a todos y todas en mi viaje imaginario. Especialmente me encomiendo a mi santo tío fray Manuel; a mi venerable tía doña Manuela con toda su numerosísima familia; a mi tía y comadre doña María (cuyos trabajos los siento en el alma y ruego a Nuestro Señor que la consuele como sabe y puede); a mi tía y comadre la Regis, a la Antuca, a Clara, a Rosita (a mi sacristana la Mercedes no porque le escribo cuatro letras); a Puente, a Piache, a Ignacio, a Gregorio Varela, etc.

Nuestro Señor le guarde algunos años más. Su hijo y nieto que le ama. MANUEL LACUNZA. P. D. El socorrito de que Ud. me habla no ha llegado todavía, ni aun siquiera la noticia de España; mas él llegará, y mientras más tarde llegare llegará a tiempo³.

Imola y mayo 19 de 1794.

Mercedes, hermana: Hoy mismo recibí tu carta con fecha de 12 de octubre del año pasado y me gozo grandemente de sa-

ber que ha llegado a tus manos el poder que te envié firmado de cuatro notarios para que corras con esos pocos reales que nos quedan a Diego y a mí y que hasta ahora se han hecho *turumiga*.

El señor Hurtado de Mendoza me envió trece años ha, dentro de su carta, trece doblones de a dieciseis bien pintados: mas yo te aseguro hermana que hasta el día de la fecha no he hallado quien me dé un pan por todos estos trece doblones, pues nadie cree (ni yo tampoco) que hayan pasado por la Chimba ni por la cuesta de Prado; y así se cansará en vano el señor juez de temporalidades en esperar mi recibo de dichos trece doblones. ¿Tan bobos son por allá que no conozcan un artificio y mentira tan grosera?

Casi lo mismo a proporción me atreví a decir del socorro que (según me dices) me envió dicho señor juez de temporalidades por febrero del año pasado de noventa y tres. Desde febrero de 93 hasta hoy han pasado quince meses y hasta ahora ni yo ni ninguno de los otros tres que me nombras, hemos recibido un cuartillo ni tenido de esto la menor noticia. Qué misterio es este, lo ignoramos, así como ignoramos tantos otros misterios iguales y mayores. Si no nos vale ahora nuestra hermana Mercedes no nos queda esperanza por otra parte.

Tus dos sobrinos y hermanos sentimos infinito tus trabajos y nos consolamos, por otra parte, de ver que Nuestro Señor te trata como a hermana nuestra. ¿Qué querías? ¿Tus hermanos han sido arrojados de sus casas a tierras extrañas y tú quedaste en tu casa con todas tus conveniencias? Tus hermanos deshonrados, injuriados, calumniados de todas las maneras posibles, y tú sin beber alguna gota de este cáliz amarguísimo? Piénsalo bien y verás que debe ser así según la promesa de Nuestro Señor Jesucristo que dice a todos sus siervos y siervas: *Si a mí me persiguieron también os perseguirán a vosotros*. ¡Oh! palabras llenas de toda consolación. Este es el camino real para el Reino de Dios. Sigamos este camino hasta la muerte y nos reiremos después eternamente de todo cuanto nos ha pasado por acá; mas sigamos dicho camino en justicia, en moderación, en paciencia, en caridad. Digo esto último para reprimir un poco tu celo y fervor rogándote que si conoces que el señor Hurtado de Mendoza no está en estado de vomitar lo que se ha tragado no lo mortifiques; antes mira por su crédito del

¹Ambos jesuitas expulsos. Real Audiencia, vol. 2129.

²Padre Domingo Antomas, jesuita expulsado de Chile. Real Audiencia, vol. 2129.

³Real Audiencia, vol. 2856.

modo posible, y perdónale la deuda como yo se la perdono, y como deseo que Dios me perdone; mas todo esto con consulta del señor provisor.

Saludo con todo el afecto de mi corazón a toda mi casa y familia a cada persona en particular. A todos y todas las tengo muy presentes en mis pobres oraciones y en el sacrificio de la misa y por eso me notan aquí de que mi misa es más larga de lo ordinario, aunque jamás pasa de media hora. Saluda en particular a Clara y Rosita y mucho más a mi condiscípulo y amigo don Juan de Santa Cruz, a quien considero tan viejo como yo, aunque infinitamente más gordo que yo, como que está en mejor

potrero. Solamente saben lo que es Chile los que lo han perdido; no hay por acá el menos compensativo, y esta es la pura verdad.

Nuestro Señor te guarde muchos años y te haga suya enteramente. Tu sobrino y hermano en Cristo. MANUEL LACUNZA.

A mi tía Bernarda bésale la mano de mi parte; me acuerdo que la ví tan vieja treinta años hace cuando prediqué en su iglesia el sermón de Santa Clara. ¿Qué será ahora? Un terrón.

Cartas del padre Lacunza, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo IX, 1.er trimestre, 1914, N° 13. Santiago. Imprenta Universitaria, 1914, págs. 212-219.